

No es casual que los seguidores de Gbagbo pidan en las calles la protección estadounidense y expresen su descontento por lo que ellos consideran una traición de Francia. El máximo jefe político en Abiyán se encuentra en una situación política extremadamente difícil y su búsqueda de opciones no cesará hasta agotar todas las alternativas. El tiempo dirá si Washington está tentado a tener una mayor influencia en una zona que ha sido tradicional coto de presencia francesa.

Cesar Docampo

THALIA GRIFFITHS

Demasiado sofisticada para la guerra

Costa de Marfil era un modelo de éxito, hasta la crisis actual, producto de una década de descontento. Costa de Marfil siempre ha presumido de ser diferente de sus vecinos. Sus 30 años de dictadura fueron benignos, mientras la economía prosperaba. Tras independizarse de Francia en 1960, invitó a los ciudadanos de sus menos afortunados países vecinos a que acudieran a cultivar cacao y café, o a trabajar en el servicio doméstico o de seguridad de las prósperas villas de Abiyán (capital económica). Acogió también a refugiados de la guerra civil de Liberia, asegurándoles alojamiento con la gente del propio país, no en campamentos.

Este país parecía pues haber ganado la apuesta que, en el momento de la independencia, realizó su presidente fundacional Felix Houphouet-Boigny al presidente de Ghana, Kwame Nkrumah, en la que planteó que el modelo capitalista marfileño, basado en una agricultura de plantaciones y en una economía de mercado mixta, con monopolios estatales en los sectores clave, iba a funcionar mejor que el Estado socialista de Nkrumah.

El modelo marfileño también incluía el aplastamiento de la mayor parte de la oposición política; cerca de 4000 personas fueron víctimas del ejército durante su represión, en 1970, de la rebelión secesionista del Guébié, en el oeste del país. Pero ante lo acontecido al otro lado de sus fronteras, desde la guerra de Liberia hasta los problemas económicos de Ghana, pasando por el aislamiento de Guinea, los marfileños solían darse por satisfechos.

A principios de los años noventa su moneda, el franco CFA, se hallaba tan sobrevaluado que llegó virtualmente a paralizar la producción interna. Pero, mientras los productos franceses de importación continuaran tan baratos, la clase política estaba dispuesta a seguir brindando con champán.

Todo cambió con el fallecimiento de Houphouet-Boigny, en diciembre de 1993. Tras un breve forcejeo, el poder fue tomado por el presidente del Parla-

Thalia Griffiths es co-editora del boletín quincenal londinense *Africa Confidential*

Traducción: Eric Jaláin

mento, Henri Konan Bedié, que aunque heredero constitucional apareció en la televisión rodeado de gendarmes e invitó a los marfileños a ponerse a su disposición.

Bédié no era un líder especialmente dotado, y sus esfuerzos por imitar a su predecesor no lograron sino hacer aún más obvio el abismo existente entre ambos. Bajo, rotundo y tímido, no parecía realmente un presidente. Siempre subrayó la similitud de su trayectoria con la de Houphouët-Boigny, pues ambos procedían de los plantadores de cacao del grupo Akan, y popularizó el concepto de *Ivoirité* ("Marfil-idad") como una manera de excluir a potenciales competidores.

Se introdujeron enmiendas constitucionales exigiendo que todo candidato presidencial fuera marfileño de tercera generación, una restricción de alcance en un país con tan altos niveles de inmigración.

Los seguidores del ex-primer ministro Asassane Ouattara, un musulmán del norte considerado, antes de la irrupción de Bédié, el sucesor ungido por Houphouët, formaron en 1994 un nuevo partido de oposición, el *Rassemblement des Républicains*. Pronto se convirtieron en el principal objetivo de la campaña de *Ivoirité* de Bédié, y finalmente Ouattara no se decidió a embarcarse en la batalla legal por ser admitido como candidato en las elecciones presidenciales de 1995.

Así, Bédié resultó elegido prácticamente sin oposición alguna. Aprovechando el repunte de la economía, tras una devaluación del franco CFA en 1994, la corrupción sustituyó al patrocino de los años de Houphouët-Boigny. Los donantes comenzaron a darse cuenta de ello, y a suspender su apoyo.

Finalmente, el amotinamiento militar en diciembre de 1999, por cuestiones salariales, condujo al poder al general Robert Guei, el *Mr Clean* ("Don Limpio") del ejército. Siendo uno de los protegidos cercanos a Houphouët-Boigny, este militar había sido marginado por Bédié tras negarse a desplegar el ejército contra las protestas de la oposición durante las elecciones de 1995.

Aún condenando la toma del poder por la fuerza, la comunidad internacional acogió la nueva situación con prudente optimismo, pues Guei prometía limpieza a fondo de cara a organizar elecciones. Pero, llegado el momento, descubrió que prefería seguir siendo presidente, e incluso retomó el tema de la *Ivoirité* aún con mayor entusiasmo que el propio Bédié. Pero el partido fundado por sus seguidores carecía de base de apoyo nacional.

Tanto Ouattara como Bédié resultaron excluidos de las elecciones presidenciales de octubre de 2000. Cuando Guei intentó autoproclamarse vencedor, los seguidores de Laurent Gbagbo marcharon sobre el palacio presidencial, desafiando los disparos, para reclamar que su candidato fuera reconocido presidente.

Los seguidores de Ouattara boicotearon las elecciones y, poco después de la jornada electoral, fueron hallados los cadáveres de 57 musulmanes del norte a las afueras de Abiyán. Su muerte aún no ha sido aclarada satisfactoriamente. Los ocho gendarmes acusados de la matanza y enjuiciados por un tribunal militar fueron absueltos por falta de pruebas, después de que los testigos se negaran a acudir al juicio temiendo por su seguridad.

Asumiendo la presidencia en un ambiente tan envenenado, Gbagbo optó por seguir dividiendo para vencer, en vez de tratar de unir al país. La tremenda tarea de darle la vuelta al país le ha venido grande a un gobierno compuesto por fieles opositores carentes de experiencia en el desempeño público. Pero un drástico aumento del precio del cacao está iniciando la recuperación de la economía tras los turbulentos últimos años. A pesar de lo cual, las profundas divisiones comunitarias, los resentimientos provocados por la política de *Ivoirité* y la sostenida exclusión de Ouattara de las esferas de gobierno, junto al descontento en el ejército, están creando una mezcla explosiva.

El tópico era que Costa de Marfil era demasiado sofisticada para guerras civiles, sus ciudadanos estaban demasiado acostumbrados a una vida confortable, en la que los inmigrantes del norte se hacían cargo de todo el trabajo duro. La rapidez con la que los rebeldes se han hecho con la mitad del país ha sorprendido a todo el mundo (posiblemente, incluso a los propios rebeldes). Pero el país queda ahora dividido por muchas cosas más que una simple línea de alto el fuego. La Costa de Marfil próspera y multicultural ha desaparecido para siempre, y no queda nada claro qué clase de paz puede emerger de esta crisis.